

á la civilización, y por el cual ejercían hasta en los albores del Renacimiento una decisiva influencia sobre los gobiernos y representaban un crepúsculo de internacional derecho superior á la guerra. ¡Cuánto no debiéramos holgarnos en este mismo cuarto aniversario del descubrimiento colombino los europeos, acostumbrados al axioma de la superioridad del triunfo violento sobre todos los derechos, si los litigios entre las potestades europeas, armadas todas á la vez hasta los dientes, llegasen á resolverse como resolvieron España y Portugal en el décimoquinto siglo sus diferencias en la inmensidad del Océano y sus pleitos por las sendas invenciones ultramarinas en el viejo y en el nuevo mundo! El día 3 de Mayo del año 1493 dió Alejandro VI su laudo arbitral en Roma, y el día 7 de Junio del año 1494 se ratificó y amplió en Tordesillas por un mutuo convenio entre los monarcas españoles y portugueses, que subió las cien leguas designadas por el Pontífice á doscientas setenta allende las líneas de las Azores y Cabo Verde hacia el Ocaso. Tal fué la repartición del mundo recién inventado y del Océano recién explorado.

CAPÍTULO XXVI.

SEGUNDO VIAJE DE COLÓN.

ROBUSTECIDO el poder de los Reyes por la legitimidad adquirida en las disposiciones de los Papas, y adjudicado por bula pontificia el Nuevo Mundo á nuestro imperio, no obstante las resistencias lusitanas, imponíase una segunda expedición, superior en medios á la primera, tanto para multiplicar las invenciones y reunir las á los dominios castellanos, como para socorrer y auxiliar á los dejados en la colonia primeriza é incipiente so el resguardo inseguro de la hospitalidad india. El verano de 1493 tan sólo se interpuso entre la llegada triunfal de Colón tras el primer épico viaje y la salida en pos de ignotos territorios y mares que nuevamente acaparara en aquella fácil apropiación del mundo recién nacido. Estaban los espíritus en esas lunas de miel, tan brillantes al comienzo de todas las empresas como de todos los amores, y tan pasajeras de suyo en la debilidad y contingencia connaturales á la misérrima naturaleza humana. Tras el venturoso arribo de Colón, el paseo triunfal suyo desde Palos á Barcelona; los obsequios á su modestia ofrecidos por magnates como el Duque de Medinaceli, por prelados como el Arzobispo de Toledo; la coronación moral de su persona, con tan maravilloso aparato celebrada en la so-

lemne corte de los Monarcas españoles; recordados los pactos de Granada y confirmadas las dignidades altísimas de Almirante y Visorrey; dispensada la honra increíble al humildísimo nauta de cabalgar por calles y plazas y paseos junto á D. Fernando, el soberano, y junto á D. Juan, el heredero de tamaña realeza; constituída una especie de dinastía, según las mercedes y honores otorgados á la familia del descubridor en vínculo y mayoraazgo; frescos los laureles de su gloria y resonantes doquier los ecos de su fama, no había sino prosperar las expediciones, presentadas con atractivos tan deslumbradores, y cosechar los bienes encerrados en tan múltiples y lisonjeras esperanzas. Habíase ya cerrado el período cíclico de la reconquista. Los que metidos en el combate continuo, cubiertos con los arreos de la guerra, caballeros en sus trotones cordobeses; al costado la mudéjar espada de Toledo y al cinto el puñal esculpido en Florencia; con el argénteo casco nielado y el plumaje de cien colores á la cabeza, el escudo de damasquinados dibujos al pecho, el pesadísimo lanzón de caballero al puño, luciendo divisas diversas y cubiertos de brocados sobre gualdrapas semejantes á los matices del iris y á las colas del pavo real, habían recorrido desde las costas casi africanas de Almería, seguidos por sus aedos, que cantaban, y por sus mesnadas, que combatían, hasta las costas edénicas de Málaga, y habían subido desde Jaén á Baza y á Loja y á Guadix en una carrera celebrada por el poema improvisado que constituye nuestro romancero morisco; después de luchar en tantos encuentros, poner la cruz de Cristo sobre tantas murallas, subir por las escalas pendientes de las almenas, en vuelo vertiginoso, á tantas fortalezas, y hecho del reino granadino un torneo sin fin, en el cual mantenían batallas sin tregua con los árabes, poetizados por el prestigio de su desgracia y por el crepúsculo de su ocaso, bien habían menester nuevas empresas donde blandir sus armas, nunca ociosas, y ejercitar su actividad, nunca satisfecha. El mar apenas explorado, el mundo apenas inventado, el edén patentizado por aquellas

renovaciones de la vida, que revelaban los inocentes indios recién advenidos y los productos recién encontrados en las selvas vírgenes, aparecíanse á los ojos de la gente caballeresca ejercitada en la reconquista como cebo á sus inquietísimos deseos y promesas de mayores y más arriesgadas aventuras. Así, la definitiva derrota del mundo musulmán en la oriental Andalucía, la derrota del mundo representante de la fatalidad y de la casta, se une y engrana por enlace misteriosísimo, en la lógica de los hechos, con esta increíble aparición del mundo de la libertad y de la democracia, del mundo americano, que abre sus puertas de oro á los golpes dados por el guantelete y el mazo mismo con que habíamos golpeado en los portones del palacio nazarita para cerrarlo al Korán, viniendo los primeros indios al mismo tiempo que huían los últimos sultanes. Así tenían razón las tribus primitivas cuando se postraban de hinojos ante los héroes abortados por el Océano, y viéndolos volar sobre sus trotones y esgrimir el rayo en sus arcabuces, proclamarlos descendidos del cielo, con la divina facultad de hacer milagros.

Corría Julio de 1493. La escuadra, reunida en Bermeo, para conducir al glorioso Almirante con sus compañeros por el mar, tenebroso en otros tiempos, ya esclarecido entonces, hasta las islas recién descubiertas, zarpó, no con este objeto, divertida de su fin capitalísimo, con el objeto de trasportar el desdichado Boabdil, á quien llamaban «zegoibi», sin ventura, los suyos, al África. Mayor escuadra por el número de sus barcos, por el carácter de su tripulación, por la riqueza de su cargamento, debía mostrar el anhelo de todos por las invenciones oceánicas y el cuidado diligente y perseverantísimo que ponían en ellos los poderosos Monarcas españoles; y fué á saber, la escuadra reunida en Cádiz por el otoño siguiente. La indispensable atención á lo inventado adquiriría tal incremento, y la prisa por apropiárselo inspiraba impaciencia tal en la corte, que los Reyes, en sus respuestas al mensaje del descubridor, anunciando el éxito feliz de su primer viaje, le ordenaban ya el segundo. Potentados

tan desdeñosos con Colón un día, como el Duque de Medinasionia, sabedor de los escozores experimentados por el Rey de Portugal á la noticia del descubrimiento, que creía de su propiedad, levantaban ahora la voz al trono de los Reyes, sus primos, ofreciéndoles todas las carabelas adscritas á los feudos marítimos de sus dominios, todos los préstamos posibles en las condiciones de sus tesoros. Un verdadero Consejo de Indias se organizó, cuya presidencia obtuvo Fonseca, el Arcediano de la Catedral sevillana, hombre de alto entendimiento, pero de dura y desabrida condición. Como proveedor de la expedición, diputaron los Reyes el contino de su casa, Gómez Tello, con el ministerio de allegar cuantos provechos tocaban á los Monarcas en el reparto de los rendimientos tributados por el nuevo dominio. Quince mil ducados de oro libraron á Francisco Pinedo para el aprestamiento indispensable á la reunión de tan grande Armada y para el pago de los arreos y mensajeros que despachase Fonseca. Un Zafra reunió los jornaleros destinados á construir acequias por cédula Real. Imperioso mandamiento dispuso la entrega de almojarifes y diezmeros á la menor insinuación del Consejo de Indias; Berardi compró la nao capitana de Colón. Veinte lanceros jinetes expidió Granada sin dilaciones al puerto de Cádiz. Los recaudadores de granos ocurrieron á la tripulación toda con el necesario bizcocho. Los asistentes de Sevilla por mandato Real asistieron á la empresa. El Alcaide de Málaga expidió cincuenta corazas y otras tantas espingardas y ballestas; Rodrigo Narváez la pólvora y las balas. Todo apresto para explorar el espacio recién explorado, que no tuviera la conformidad de Colón, quedó prohibido. El doctor Chanca iba como cirujano; Alvaro Acosta como alguacil. La disposición de aposentos gratuitos por donde quiera que transitase Colón y sus cinco criados, exentos de todo pago y hasta de todo registro, quedó establecida. Bula de Roma, demandada por los Reyes y expedida seguidamente á su demanda, constituye al Reverendo P. Buil en autoridad religiosa y espiritual sobre los territo-

rios descubiertos al primer viaje y sobre los por descubrir en este viaje segundo. Sebastián Olano marchó de receptor. La suma de escuderos que debía llevar el Viso-Rey, así como los acatamientos que debían guardarle, se controvirtió con amplitud entre Fonseca y los Reyes. Á Juan de Soria, que molestó y aun desacató á Colón, se le reprendió con severidad, mandándole dejar al arbitrio del Almirante los criados continos que le pluguiese adscribir al servicio propio, pues todo iba en el viaje bajo la especial gobernación de éste. Así Juan de la Cosa fué como maestro de hacer cartas, y al P. Marchena se le designó para ir por los reyes como consumado, eximio y competente astrólogo. Con los tesoros al pueblo judío secuestrados en su expulsión, y los cinco millones prestados por el Duque de Medinasionia y las alcabalas y demás rentas concedidas, allegóse la suma indispensable á tan colosal empresa, en cuyos preparativos y apercebimientos Colón disponía gastos sin medida y sin tasa, yéndole á la mano Soria y Fonseca, por lo cual se desabría y se disgustaba con ellos, no sin resistencia de los Reyes, muy pagados del Almirante y muy creídos en aquella sazón de que poseía ciencias y adivinaciones sobrehumanas. Pasma y asombran las minuciosidades á que ocurrían los Reyes desde sus palacios, así como los apremios con que instaban á Colón, para que apercebiera y comenzara la segunda empresa. Desde los concordatos con la Santa Sede y los convenios con los Reyes portugueses, que debían dar á Isabel y á Fernando autoridad sobre los territorios descubiertos y prevenir las guerras oceánicas, tan dañosas para el milagroso plan, hasta el número de calcetines que debía tener para sus pies y el número de sábanas para su lecho, todo estaba prevenido y arreglado y dispuesto con una increíble prolijidad y un seguro acierto verdaderamente maravillosos. Las cartas de los Reyes á este respecto, ya parecen tratados de política trascendental, ya rescriptos de soberanos todo poderosos, ya cuentas de lavandera y de plaza. Poco después de un luminoso informe respecto de las diferen-

cias luso-hispánicas y de una recomendación sobre astrología y astrólogos; de una operación económica, propia de cualquier competente hacendista moderno, expiden una relación de las semillas y de los brutos necesarios al progreso de la ganadería y del cultivo en los vírgenes recién inventados campos. Que tenga en su lecho el Almirante seis colchones y sean éstos de breaña; que ponga cuatro almohadas revestidas de tejidos holandeses bajo su cabeza en los reposos del sueño; que disponga de dos paños arbolados y diez manos de papel con algunos perfumes; que los manteles alcancen un largo de cinco varas y los cubiertos lleguen á doce, y los candelabros á dos pares, hechos de azófar, y haya dos cazos grandes con dos pequeños, y un almirez, y unas parrillas para asar pescado, y una bacina grande para jabonar; todo esto acuerdan los Reyes, y todo esto disponen, como pudieran acordar el pacto de Tordesillas con Juan II y las reincorporaciones solemnes del Rosellón á la corona ó el traslado al África desde Almuñécar del último Sultán. Como buen genovés debía tener Colón achaques de goloso porque le cargan los Reyes de golosinas la nao capitana, encargando para su consumo cincuenta libras de confites sin piñones. De arroz creen que sobra con un quintal, pero de las riquísimas pasas de Almuñécar embodéganle cinco quintales; mientras de aceitunas aperciben sólo dos tarros, de azúcar blanca cuatro arrobas. Ni los criados quedan eludidos en estos arreglos, que les asignan ochenta varas de paño verde y pardillo, á dos reales la vara; ciento veinte pares de zapatos comunes; doce colchones groseros; doce pares de sábanas gruesas. Resumiendo: unas diez y siete naves comandadas todas por Cristóbal Colón, cinco mayores y doce menores, componían la escuadra que llevaba crecidísima tripulación. Dirigía por delegación de los Reyes todo lo concerniente á las relaciones económicas entre las Indias y España, el Arcediano de Sevilla, Fonseca; compendiaba en sí las facultades propias del poder espiritual y religioso el P. Boil, muy acreditado por su ciencia y por sus virtudes; llevaba con uni-

versal satisfacción la sanidad Chanca, en quien todos veían el saber unido con la virtud; entendía en las cosas militares Pedro Margarit, muy conocedor de la guerra y sus artes, como experimentado en todas las colosales batallas de su tiempo; un antiguo empleado hispalense, Tello, ejercía el cargo de proveedor; y Ojeda, como Ponce de León, ocurrían á personificar aquel espíritu aventurero y gentil, que, después de haber cerrado los siglos medios con la rendición de Granada, comenzaba ó abría la edad moderna con el descubrimiento de América.

Esta segunda salida del descubridor guarda los días más felices de su existencia y el período más lleno de consoladoras esperanzas en su historia. Ida triunfal desde Sevilla á Barcelona y vuelta desde Barcelona á Sevilla; recepción en la corte por los Reyes y por los magnates; alta sanción á su obra por la bula de Alejandro VI; convenio con Portugal que le desembarazaba de obstáculos el Océano; reconocimiento público de haber visto el primero la nueva tierra é indicado la clara lucecilla reveladora de la existencia de aquélla; confirmación en los cargos de Almirante y Virrey; cédulas innumerables proveyéndole de todo cuanto necesitaba; reunión de numerosa escuadra; ennoblecimiento de su familia y distinciones á sus hijos; orden para que le acompañara su hermano Diego, una especie de monje por la complexión, pero muy querido entre todos sus deudos; reprimendas regias á Soria y advertimientos á Fonseca para que no le molestaran por cosa ninguna y lo acataran reverentes con toda suerte de acatamiento y le prestasen completa obediencia; tripulación de mil quinientas personas, todas henchidas de un exaltadísimo entusiasmo; armas y blasones con castillo de color dorado en verde campo, á lo alto en la mano derecha y á lo alto en la mano izquierda león rampando sobre campo blanco y otros no menos expresivos símbolos; acompañamiento de todos aquellos héroes, cuyos nombres ya corrían de boca en boca por las estancias del romancero popular; despedida entusiasta como la merecía quien llevaba sobre sus sienes